Capítulo 3 - La Tierra de los Caminos Rotos

El padre se inclinó, olfateó a su pequeño cachorro y luego a los otros. Satisfecho con lo que estaba revisando, dijo con autoridad: MUY BIEN, ENTONCES. EL Devorador NO ESTÁ CERCA, así que nos quedaremos aquí unos días primero. Giró su mirada imponente hacia Dirt y añadió: EXCEPTO TÚ. REÚNE TUS PERTENENCIAS.

Dirt bajó la vista, intentando esconder su repentina decepción, y corrió a recoger sus escasas pertenencias. Se puso la ropa con tanta prisa que al principio se puso la camiseta del revés, provocando la risa de los cachorros que lo observaban desde arriba. Cuando ya tenía los zapatos puestos y todo en orden, colgó su mochila en ambas espaldas y preguntó: “¿Vale, hay algún lugar en especial al que quieran que vaya? O simplemente... lejos.”

No disimuló su tristeza ni su sensación de rechazo, ni intentó fingir algo diferente para ser diplomático y no ofender. Probablemente era inútil de todos modos, y era mejor darse prisa que resultar molesto. Socks lo notó y le envió una pequeña chispa de empatía.

El padre no respondió. Solo resopló y desvió la mirada, haciendo que Dirt se preguntara por un momento si el gran lobo se divertía o estaba molesto. Sin embargo, antes de que Dirt pudiera elegir un rumbo y ponerse en camino, el mundo a su alrededor desapareció por completo.

Dirt fue lanzado a una velocidad inconcebible, golpeándose abruptamente en todas direcciones, sin poder ver, oír ni olfatear nada. Cuando por fin comprendió lo que había ocurrido, cayó sobre un suelo blando, desconcertado.

¡Viaje por las raíces! El impacto tan violento en el suelo le quitó todos los malos sentimientos de golpe, porque supo de inmediato dónde se encontraba. No había duda: esa tierra húmeda y negra era familiar. Qué tonto había sido al dudar del Padre. ¿Cuándo le había mostrado alguna vez el más mínimo acto de crueldad? Nunca. “¡Gracias!” susurró, apenas logrando mover la boca, por si el Padre lo observaba.

Se levantó tan rápido que casi se cae y se aferró a Próxima en un abrazo apretado. La encontró más por tacto que por vista, ya que sus ojos se negaban a enfocar con tanta rapidez. Ella lo abrazó de vuelta, no con fuerza excesiva, y él inhaló profundamente, disfrutando del sutil aroma a corteza y hojas. ¡Finalmente había regresado! Había parecido una eternidad, la mayor parte del verano y buena parte del otoño también. Notó que aquí hacía más calor. La misma temperatura de siempre. La Temperatura perfecta.

“Hola, Próxima. ¿Cómo supiste que debía traerme?” preguntó Dirt.

“Nos lo dijo el Padre de los Lobos. La parte de mí que es tu supporte, tu bastón, o tu armadura, permanecerá allí hasta que llegue la hora de enviarte de vuelta”, respondió Próxima, sonriendo con calidez. Ahora que Dirt tenía más experiencia con los humanos, su lenguaje corporal y postura le recordaban a la Duquesa, aunque su dryad aún era de su tamaño.

Dirt extendió el brazo, levantó la manga y, efectivamente, el soporte había desaparecido. “¡Oh, todos están aquí!”.

Ahora que Dirt empezaba a recomponerse lo suficiente para mirar a su alrededor, se encontró rodeado por una multitud enorme de dryads, todas las que reconocía y muchas otras que no. Sin embargo, ellas parecían diferentes, y le tomó un momento entender por qué. La ropa. Muchos, aunque no todos, vestían ahora, ya no solo con el manto de hojas que solían llevar. No eran telas finas como las que usaba el Duque y su familia. Nada de sedas vibrantes adornadas con joyas. Tampoco tela común de patrones coloridos y capas, como las demás en Ogena. No, vestían ropas de trabajo, sencillas y de tono marrón grisáceo. Hilo sin teñir, hilado y tejido con cuidado.

“Bienvenido de nuevo, amigo Tierra,” dijo Callius, girando en un círculo y luego colocando las manos en las caderas. “¿Qué te parece?”

“¿Los fabricaste tú mismo?”

¡“Sí! ¿Quieres ver cómo lo hacemos?” dijo Callius, con el rostro iluminado por la emoción.

“Por supuesto,” dijo Tierra.

“¡Genial! Después te enseñaré cómo los hacemos,” agregó Callius.

“Ajá,” dijo Tierra. “Entonces, hasta entonces, supongo que podemos—”

“Mira a tu alrededor, tontorrón Tierra,” dijo Callius. “Mira.”

Tierra observó a todas lasdríadas, sin estar seguro de qué más se suponía que debía notar. Cientos de chicas de piel gris y cabello verde, de su edad. Aquellas que vestían, lo hacían con prendas cortas, nunca por encima de las rodillas, ya fuera falda o pantalones, para que no se ensuciaran caminando sobre la tierra negra. Ahora que lo pensaba, probablemente Tierra debería quitarse los zapatos y calcetines, y enrollar las piernas de sus pantalones, al menos. Quizá debería quitarse todo, en realidad. No podría jugar con las dríadas sin ensuciarse bastante. No, mejor no arruinar su ropa. Aunque, quizás si ellas estaban vestidas, él también debería estarlo. ¿O acaso...?

Sus pensamientos se perdieron en una suerte de aturdimiento cuando notó los edificios. Estaban por todas partes, en filas perfectas como él recordaba. Piedra gris manchada con tierra negra surgía de los helechos para mantenerse en silencio bajo los árboles. Donde no había piedras para reparar los edificios, las enredaderas de madera cubrían los huecos. Los techos tenían casi ninguna teja, en su lugar estaban cubiertos por grandes hojas de cinco puntas, más largas que Tierra. La mayor parte de la pintura y el estuco se habían ido con el tiempo, pero aún los reconocía. Sabía exactamente dónde estaba.

“Turicum,” susurró en voz baja. Era el vicus salutaris, una calle que conocía bien. Allí había uno de los hostales más elegantes de la ciudad, concurrido a toda hora. Y justo al lado, Clavii caupona, con el cordero y las verduras de buena calidad, siempre caliente y listo. Avitus había conocido bien a Clavio después de comer allí tantas veces. Era casi como si pudiera imaginar el rostro del hombre. Casi.

Las calles no estaban completamente adoquinadas, dejando espacios de suelo desnudo donde ya crecían pequeños helechos, pero estaban allí. Las piedras originales. Mucho de ello era tal como lo recordaba, aunque los colores estaban desvaídos, el estuco perdido para siempre y la pintura desgastada hasta el extremo. Los maceteros y las esculturas permanecían, así como frisos parciales sobre las puertas. La mayoría de los edificios habían perdido sus sombríos toldos de madera, pero probablemente las dríadas no conocían acerca de ellos, y ahora no hacía falta sombra.

Tierra—no, Avitus—camino por la calle en una especie de trance, con la postura erguida y digna. Esta era su ciudad, antes llena de su gente. No como las ruinas de Ocriculum, donde, en mayor parte, solo quedaban cimientos y bases. Aquí, edificios enteros habían sido completamente resucitados, aunque la ciudad aún no estaba del todo reconstruida. Algunas estructuras eran solo parcialmente levantadas, de un piso en lugar de siete, pero los pisos superiores eran de madera, y los árboles no podrían haberlo sabido a partir de esas ruinas. Y algunos edificios ni siquiera habían sido levantados del suelo, por alguna razón. Quizá no quedaran suficientes para preocuparse, o tal vez las dríadas necesitaban dejar espacio para los helechos, las larvas y todos los insectos diminutos que vivían en la tierra.

Además, Ocriculum había parecido un viejo esqueleto cayendo en polvo. Los restos de un lugar, no el lugar en sí. Pero aquí, las dríadas habitaban los edificios, saludándolo desde las ventanas y puertas, y descansando en bancos para charlar. Sonreían mientras él pasaba.

Para él. Todo esto era por él. Tanto esfuerzo, tiempo y cuidado. Usaban ropajes porque eso era lo que hacían los humanos, y descansaban, charlaban o paseaban como si hubieran visto a los humanos hacerlo en Ogena, a través del personal de Home. Todo por él.

Era demasiado. La familiaridad preciada se mezclaba con su gratitud por su amor y lo sobrepasaba. Se volvió con lágrimas en los ojos y abrazó a Callius, que había sido el más cercano. "¡Gracias!", susurró, con el pecho temblando. Extendió un brazo hacia Dawn, que estaba cerca, y la atrajo también.

Un pensamiento errante pero poderoso interrumpió el momento y gritó, “¡Oh! ¡Espera, lo recuerdo… sé dónde está!”

No pudo contenerse y se apartó, parpadeando para secar las lágrimas. Acarició a Callius y a Dawn apologéticamente, luego giró en su lugar y corrió calle abajo, doblando en la intersección de cinco caminos. Pasó por el pequeño teatro y los apartamentos donde vivían Drucus y Ecidia. Por la tienda del orfebre y los dos ceramistas económicos. Corría más allá del antiguo santuario y varias casas más. Pasó frente al puesto del encantador donde algunos de sus aprendices habían trabajado, y por la oficina del juez. Un giro más, y luego bajó la calle, y allí estaba.

Su tapia de piedra, mayormente reconstruida, delimitaba su villa privada. Y en su interior, su hogar. Las paredes estaban completamente restauradas y el techo tenía la forma correcta, aunque reemplazado por las enredaderas y hojas estándar. Casi todos los pilares estaban de vuelta, aunque la mayoría tenían grietas y estaban sostenidos por enredaderas. Revestían los caminos, sosteniendo nada, pues los toldos faltaban. Bueno, podría repararlo él mismo más tarde.

“Esta era mi casa”, dijo Avitus con asombro. Las dríadas estaban entrando en la villa, parándose en los caminos y en las áreas del jardín vacío, caminando con caras ansiosas.

“Entonces me alegro de haberla desenterrado. Debes entrar, amigo Tierra”, dijo Callius cordialmente.

Su villa parecía viva, aunque en realidad estaba muerta. Era una ruina, pero no del todo, ya no. Esos eran los ladrillos originales. El concreto original, remendado y vuelto a unir. Se acercó a la entrada de la sala de estar, tocando una grieta en la pared con los dedos, y entró, con la respiración atrapada por la expectativa.

Avanzó por el corto pasillo hacia el gran atrio, tal como lo había dejado, solo que sin los muebles de madera. Se sentía tan familiar. La fuente interior estaba vacía, y no dejaron un orificio en el techo sobre ella, lo que hacía que toda la habitación fuera mucho más oscura de lo que debería. Las sombras escondían lo que quedaba de las pinturas en las paredes, pero la mayor parte del hermoso piso de azulejos estaba allí, en su lugar correcto. Las estatuas estaban, la juventud vertiendo agua en la piscina y la mujer con un pájaro en el dedo.

“Solía recibir invitados aquí. Antes había sofás y divanes, con cojines. De hecho, esa esquina era mi lugar preferido para leer. A Hilaria le gustaba sentarse junto a la fuente y bordar. Recuerdo eso”, dijo en voz baja. Le costaba recordar que las dríadas seguían allí, a pesar de que se apiñaban para mirar. Su mente estaba demasiado distraída disfrutando la sensación de familiaridad y tratando de rescatar algunos de sus recuerdos perdidos del vacío.

Recordaba la presencia de personas, pero poco más que eso. Un nombre o dos, pero sin idea de quiénes habían sido. Un hombre fuerte solía estar aquí, tranquilizador y amistoso. Y allí, un grupo de mujeres chismosas que reían y cantaban. ¿Eran su descendencia? ¿Alguna de ellas su compañera? No tenía idea. Pero se sentía atraído hacia su rincón, hacia ser el hombre que ocupaba ese espacio y cuyo recuerdo desvaído ahora lo acechaba.

Avitus suspiró profundamente y entró por un umbral distinto, siguiendo un pasillo más amplio hacia la izquierda. Pasó junto al baño caliente, ahora vacío, agrietado, y poco probable que vuelva a contener agua, y también por el baño frío, en similares condiciones. Un almacén donde una vez colocó… bueno, ahora estaba vacío, sin siquiera estantes. Otro almacén, igual de pequeño, pero con una puerta más grande. Ah, sí, para ropas y toallas y demás objetos. Eso era lo que almacenaba allí, sin una puerta para facilitar el acceso.

Por fin, al final del pasillo, su dormitorio. Construido junto a la pared exterior, con ventanas que daban al frente y al lado, ahora estaba sucio y ennegrecido. La tierra oscura llenaba todas las líneas entre las baldosas del suelo, resaltando los patrones. La estufa de calefacción había sido restaurada y parecía aún funcionar, aunque la reja de metal había desaparecido. Y no había nada

que quemar, y tendría que arreglar la chimenea, que estaba sellada. Parecía que nunca la había usado, ahora que pensaba en ello, pero no lograba recordar por qué.

Lo primero que tendría que hacer sería fabricar una nueva cama.

—No sabíamos cuál era tu casa, o quizás habríamos cuidado más de ella —dijo Dawn. Noté que ahora era un poco más alta, algo más robusta y con un aire más femenino. Me recordó, en realidad, a Èlia. Pero todavía conservaba esa alegría infantil. Era claramente ella.

—No pasa nada. No esperaba ninguna de estas cosas. Olvidé que este lugar siquiera existía. Solía dormir justo allí, en una cama. Hace tres mil años —dijo Dirt—. Puedo limpiarlo yo mismo, si consigo que alguien prepare agua para mí.

—Sabemos que no lo esperabas, y eso es lo que lo hace una sorpresa —afirmó Callius.

—¡Es una buena sorpresa! Me encanta. De verdad, lo hago con mucho gusto. ¿Tienen algún plan para la ciudad, o lo hicieron solo por mí? —preguntó Dirt.

—Nos diste un mundo entero, amigo Dirt. Nosotros te podemos ofrecer una pequeña ciudad a cambio —respondió Callius.

—Ven, hay algo más que queremos mostrarte —dijo Dawn, tomándole la mano y tirando suavemente de ella—. Es en la schola, donde los muertos malditos te atraparon. ¿O te molestará volver a ver ese lugar?

—¿También reconstruyeron ese lugar? Está bien, no me molestará —dijo Dirt. Recordaba que permanecía mayormente intacto, pero para ser justos, no había pasado mucho tiempo allí, y estaba distraído en esos momentos.

—Entonces, ven —dijo Dawn, tirando de su mano con más insistencia, sus ojos secos y vidriosos casi brillando.

—Conozco el camino —dijo Dirt con una media sonrisa. Inhaló maná y saltó por una ventana, corriendo luego por la calle. Llegó a una vía principal y la siguió fuera de la ciudad, admirándose por lo grande que era y cuánto había sido restaurado. Era más grande que Ogena y Llovella juntas, sin duda. Pasó más de diez árboles antes de llegar al muro exterior de la ciudad, separados por varios pasos.

Salió por la puerta y se adentró en lo que alguna vez fue el campo, con grandes secciones de la carretera restauradas, junto con los edificios de piedra o concreto que habían sido hallados a lo largo del camino. La mayoría villas de campesinos. Desde allí hasta la schola había una buena distancia, y atravesaron dos pueblos distintos, Iguvium y Dullu, que estaban en mucho peor estado, por haberse construido con mucho más madera.

Luego, la senda secundaria que se apartaba de la carretera principal, donde antaño se alzaba un cartel indicativo y un pozo para que los viajeros refrescaran a sus caballos, ya no existía. La tierra triturada y la multitud de felices dríades, que parecía una marea de alegría seca, avanzaron

rápidamente por el sendero hasta que éste apareció ante sus ojos.

La escuela de Prisca, tal como la había dejado. Excepto que los jardines ornamentados estaban ahora en mejor estado: las piedras caídas habían sido levantadas nuevamente, y los caminos, muros y demás elementos estaban completamente restaurados. Incluso las columnas frontales y gran parte de la fachada habían sido reunidas. Ahora podía leer el nombre, tallado en la piedra de la fachada, que antes faltaba: SCHOLA SAPIENTIAE ANTIQUAE, la escuela de la sabiduría ancestral.

Sonrió ante eso. La mayor parte de lo que allí enseñaban no era tan antigua, o quizás era antigua en un sentido distinto. Algo en esa palabra le susurraba, pero nunca lograba encajar del todo. Los antiguos. En fin, sería una duda para otro momento.

La tierra se detenía en los pequeños estanques de agua, satisfecho al ver que ahora funcionaban: llenos de un líquido fresco, transparente, en lugar del único que había antes. Se inclinó y hundió el rostro en el agua para beber con ganas, se enderezó después y secó el rostro con la mano. Algunas gotas cayeron sobre su camisa, dándole una pequeña sensación de frío, pero incluso así no era tan helada como donde había dejado a Socks, por lo que le pareció agradable.

Se detuvo en la entrada de la escuela, aunque. El interior permanecía oscuro como la noche, igual que antes. La sensación de terror que emanaba de aquel lugar le hizo retroceder, dejando que le recorriera la piel y le dejara un sudor frío.

Home tomó su mano con firmeza. “No tengas miedo, querido Dirt”, le susurró.

“Estoy bien. Me gusta cómo has reconstruido este sitio. ¿Deberíamos entrar?” preguntó, reuniendo valor en su interior. Todo estaría bien, seguramente.

Chasqueó los dedos con la otra mano, creando una luz, luego la dividió en varias y las envió hacia adelante, siguiéndolas después.

El resplandor dorado de sus luces hacía que el salón de conferencias pareciera cálido y acogedor, como si unas suaves llamas crepitantes disiparan la fría noche. La luz parpadeó mientras la dirigía mentalmente hacia los rincones más remotos de aquella vasta estancia. Bancas de madera antigua se disponían en sus lugares originales, junto a algunas nuevas, más pálidas, que las dríades debían haber manufactured. Los frescos y las estatuas aportaban vida adicional, y el temor de Dirt se difuminó, sustituido por una nostálgica emoción.

Qué cosa tan encantadora era la escuela, y esta de las mayores, además. Y la más costosa, como todavía se reflejaba en sus detalles, todos esos años después. Baldosas, decoraciones y una arquitectura meticulosa que transmitía el sonido de manera perfecta desde la entrada a cada rincón. Cualquier mueble en ruinas había sido retirado y generalmente reemplazado por reproducciones aceptables, de sillas y mesas a estantes, candelabros y lámparas. Dirt estaba convencido de que si examinaba con atención, encontraría que las lámparas eran sólidas e inutilizables. Toda esa evidencia y otros indicios revelaban que las dríades no entendían para qué servían la mayoría de esas cosas. Pero aun así, para los ojos de Dirt, la escuela rivalizaba con el palacio del duque.

“Esto es increíble”, expresó. “¡Habéis restaurado tanto! ¿Es quizás porque este lugar nunca se hundió, y por eso aún conservan muchos muebles de madera?”

“La verdadera razón no es esa, amigo Dirt”, dijo Dawn, apartando su mano de Home y tirando de ella. “Ven. Por aquí”.

“¿Qué? ¿Había más?”

“¡Vamos!”, insistió Dawn, casi brincando de entusiasmo.

Ella lo arrastró hacia una puerta lateral, hacia el pasillo que conducía a otras habitaciones de la escuela. Él tropezó intentando mantenerse al día, pero ella no desistió. Sus pasos eran como un baile mientras lo jalaba hacia adelante, pasando junto a dos umbrales vacíos y deteniéndose frente a un tercero, en el otro lado. “Entra,” dijo, señalando hacia las sombras.

El polvo chisporroteó de nuevo, invocando una chispa brillante, y la lanzó adentro. Dawn lo empujó justo detrás de ella, casi haciéndolo caer. Callius rió. “Sé gentil con nuestro pequeño polvo, querido,” reprendió. “Ese no es el lugar adecuado para caerse y romper algo.”

No podía creer lo que veía. La habitación había comenzado como una biblioteca, con cientos de rincones para los rollos, y cada uno de ellos estaba lleno. Incluso, desbordado, apretado más allá de lo que estaban destinados a contener, y saliendo por el suelo en la medida en que podía.

Frente a los estantes, cubriendo casi cada centímetro del suelo de pared a pared, había cestas y saquitos llenos de objetos de todo tipo, apilados unos sobre otros desde el suelo hasta el techo, dejando casi nada de espacio para caminar a pesar del tamaño de la habitación. Vio plata, oro, y copas talladas en piedras preciosas, obras antiguas de espléndido trabajo, marfil amarillento, ámbar, y más. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Riqueza. Esa era la palabra para describir esto: riqueza. Tesoros. Cada pieza un hallazgo, y digna de admiración por sí misma.

“Todo esto son las cosas que encontramos al excavar la ciudad,” dijo Callius. “Trajimos todos los rollos conservados para poner aquí junto a los demás, pero no sabíamos dónde más guardar todo lo demás. Lo colocamos todo aquí porque esta es una habitación para almacenamiento.”

Revisión #1
Creado 28 abril 2026 06:38:00 por Diana Prince
Actualizado 28 abril 2026 06:38:03 por Diana Prince